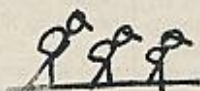


ALTAMIRA, COLONIA DE VERANO



PARA NIÑOS Y NIÑAS DE CINCO
A DOCE AÑOS, DURANTE EL
MES DE AGOSTO

Playas, monte,
ríos,
pueblos,
romerías...



Con diez días
de campamento
al pie de los
Picos de Europa



Información e
inscripción en

COLEGIO ALTAMIRA

MURIEDAS (Santander)

Teléfono 25 02 44



ARTE • LETRAS • ESPE

CINE

Las reposiciones del verano

Hay quienes piensan que el verano es un largo paréntesis en la actividad del país. La fiebre de las vacaciones hace que, más o menos, todos se desinteresen por lo que ocurre alrededor: las preocupaciones diarias, las reflexiones habituales, se cambian agitadamente por estadísticas de muertos en carreteras o por precios de hoteles costeros. Y aunque la vida siga su marcha irreversible, sus protagonistas, aparentemente, desertan de esa vida y luchan con desesperación por inventarse otro mundo nuevo y feliz.

Esto es al menos lo que podría deducirse de muchas de las críticas cinematográficas que aparecen en el recién comenzado verano. Los títulos de las carteleras se comentan con la alegría festiva de una piscina o bajo el tormento de un calor que, en flagrante prueba de anti-patriotismo, se considera venido de otros lares diferentes a los del invierno nuestro de cada día. Todo es bueno y todo es maravilloso. El sol cálido de la publicidad turística se ha filtrado también en las salas cinematográficas. Si las playas y montañas son un producto nacional dedicado a los jóvenes, el cine también debe colocarse en la vanguardia del estío. Y así, a juicio de muchos comentaristas, las reposiciones que se ofrecen ahora por todo el territorio nacional tienen como fin principal el de poner a los nuevos allegados al campo de la cinematografía en la

misma dimensión que lo están sus mayores. Para los jóvenes españoles que no pudieron hacer a tiempo para ver tanta maravilla, los títulos del verano recuperan su tiempo perdido. Así, la frivolidad de esta época del año queda de alguna manera compensada por el esfuerzo de algunos de no dejar estos tres meses sin palabra ni obra. El cine español, en representación de una amplia gama de actividades nacionales, coloca a sus benjamines a la altura de las generaciones precedentes.

Y, ¡oh, maravilla! Así ningún español podrá decir que jamás se sensibilizó al tiempo presente. Ninguno podrá reprochar a los gestores de nuestra cultura la falta de medios puestos a su alcance para conocer, cinematografía, la época en que viven. «El día más largo» y «El mayor espectáculo del mundo». «La gran evasión» y «Guerra y paz». «Los pediguños» y «Una noche en la ópera». Títulos vitales para la conservación de un espíritu crítico, para el desarrollo de una cultura que no se deja enmohecer fácilmente.

Los comentarios periodísticos de estos días hablan y hablan ininterrumpidamente de lo inteligente y útil de estas reposiciones. Y desde

estas páginas no podemos por menos de estar de acuerdo con esos comentarios. ¿Cómo no va a ser inteligente el volver a exhibir los títulos que hace años consiguieron, a base de publicidad, interesar a los espectadores descosos de espectáculos brillantes?

¿Cómo no va a ser inteligente llegar a cubrir la programación de una buena cantidad de salas cinematográficas nacionales sin enfrentar directamente el problema de que escasas películas de las que hoy se hacen por el mundo tienen acceso a nuestro país?

¿Cómo no va a ser inteligente conseguir cobrar un precio de entrada aún más alto —proporcionalmente— que el de hace unos años por proyectar una película hoy mucho más barata? ¿Cómo no va a ser útil crear la imagen de una cinematografía viva y perenne sin que los comentaristas cinematográficos se planteen las auténticas razones por las que nuestro país es el especialista en reposiciones que a nadie más interesan? ¿Cómo en fin, no puede llenarnos de admiración el que todos esos comentaristas sigan olvidando los títulos que tampoco se exhibieron en su día y que hoy los nuevos allegados no pueden todavía conocer? ¿Cómo no va a ser inte-

ligente esta política de las distribuidoras extranjeras afincadas en nuestro país, que sacan de sus archivos las viejas películas (que estaban solamente destinadas a exportaciones a países subdesarrollados) sin ningún gasto y con mucho ingreso?

Están muy bien estos comentarios que se publican estos días. Porque de ser cierto lo que dicen, la próxima temporada nos ofrecerá las desagradables novedades de nuestro tiempo. Es decir, a partir de octubre, los cines nacionales se verán obligados a proyectar las últimas películas de Bergman, de Ferreri, de Bertolucci, de Visconti, de Trumbo, de Fellini, de Huston, de Godard, de Pajino... En octubre, los jóvenes españoles no disfrutarán ya de la oportunidad única que ahora se les ofrece. Y tendrán forzosamente que enfrentarse a su presente.

Pero si los cines españoles no proyectan esas películas a partir de octubre, ¿qué son entonces las reposiciones? ¿Qué sentido tienen los comentarios que se publican estos días? ¿No nos están engañando a todos? ■ DIEGO GALAN.

En busca de la lógica perdida

«Hablando con estudiantes de Yale, Harvard, Stanford, UCLA, USC, Berkeley durante la preparación del film, era evidente que dos factores jugaban por encima de todo: la guerra y la amenaza de ser llamado a filas —esta guerra (la de Vietnam) en la que no creían y que rechazaban—, y, por otra parte, una desilusión completa cara al sistema. Algunos eran radicales, revolucionarios. Otros, no. Pero poseían una actitud común. Y los mejores, los más inteligentes, los más sensibles, abandonaban el país. Lo que resultaba trágico para ellos, por-



Zanuck y Cecil B. de Mille, talentos renovados para los jóvenes españoles que no nacieron a tiempo.





«Buscando la felicidad», de Mulligan.

qué no lo descaban, y no había nada de heroico en su gesto. Era el tema de la película: esta depresión nerviosa que conocía Norteamérica y toda esta gente joven que perdíamos». Palabras de Robert Mulligan que sitúan con exactitud «Buscando la felicidad» («Pursuit of happiness») (1971), realizada inmediatamente antes de «Summer of '42» y «El otro», y que se estrena a las pocas semanas de la sorpresa causada entre nosotros por esta última.

De escaso éxito en Estados Unidos, apenas exhibida en Europa —en Francia, por ejemplo, no se ha proyectado—, «Buscando la felicidad» me parece una de las obras que con mayor justeza reflejan la crisis interior experimentada por Norteamérica a partir de la segunda mitad de la década de los sesenta. Un país con tradiciones democráticas, basado constitucionalmente en la libertad del individuo, pierde su lógica más íntima, el motor de su comportamiento colectivo. Y ante ello, unos hombres jóvenes se revuelven, luchan por hallar ese sentido, esa línea de actuación que ha desaparecido. La diferencia con ciertas eta-

pas anteriores —los años cincuenta, por ejemplo— radica en el surgimiento de estos grupos, con plena conciencia de los términos en que la situación se desenvuelve. Pero también a ellos llega el cansancio, la desilusión, que provoca un choque frontal mil veces repetido contra la estructura del poder, sin apenas resultado. Precisamente una de las víctimas de esta desilusión, pero que no ha renunciado a encontrar, cuando menos para sí mismo, unos indicios de lógica en lo que sucede, es William Popper, protagonista de «Pursuit of happiness».

Ante un país cualquiera «que se ha vuelto loco», en que la simple constatación de la verdad ya resulta subversivo, sólo caben tres posturas: la revolución transformadora, la acomodación o la evasión. Popper —¿será una alusión al conocido filósofo?— ha mantenido durante cierto tiempo las dos primeras, hasta desembocar en la última, que es la narrada concretamente por el film. La acomodación le era sencilla, en cuanto pertenecía a una notable y tradicional familia, dentro de cuyo seno, y siguiendo las reglas establecidas, no habría tenido mayores

problemas. Su contacto con el «campus» universitario, su conocimiento crítico del país, le convierte en un militante convencido, capaz de arrastrar a otras personas (su novia Jane, por ejemplo) hacia un necesario combate político. Decrecido su entusiasmo en medio de una sociedad donde cuenta la apariencia y no la realidad, la tan cacareada justicia se reduce al criterio subjetivo de unos jueces y los prejuicios vencen sistemáticamente al análisis, a Popper no le queda otra salida que marcharse, irse de un país que ha entronizado la libertad en piedra, como en un disco de que restase inmóvil, de impedirle toda dinamidad. Se sueña con el símbolo, pero uno ha de dejarlo atrás si quiere gozar, aunque sólo sea individualmente, de él.

Como decíamos hace un par de semanas con respecto a «Detenido en espera de juicio», Mulligan elige aquí un caso individual para acceder a través de él hasta una problemática colectiva. Film contado en tono menor, no está exento de defectos, como el trazado de la protagonista, Jane, típico y tópicamente femenino «moderno» descrito por

un hombre, o cierto desequilibrio en los últimos veinte minutos. Ello no empaña su carácter «contestado» —la huida puede ser también—, la validez de «Buscando la felicidad» como cine político dentro de la producción «standard» norteamericana. Porque siempre que una obra sea capaz de remitirnos al contexto histórico en que se ha originado y nos haga más conscientes de él, nuestro juicio será positivo. ■ FERNANDO LARA.



Valencia: otra batalla perdida

Hace poco hablábamos en esta sección de Esperpento, de Sevilla. Citábamos allí —después de lamentar la prohibición de sus anunciadas representaciones en el TEI— algunas de las actividades desarrolladas por el grupo a lo largo de sus cinco años de existencia, viendo en ellas un serio intento de «descentralización». Entre otras razones, porque era una «descentralización» a partir de la «provincia» y no de Madrid.

En este sentido bien poco hay que añadir a lo que ya es una evidencia compartida por muchos. Las jiras, campañas o festivales planeados desde Madrid, a base de unas cuantas compañías y con la obligada discontinuidad, sólo pueden ser un «complemento» de la que hay que considerar como única actividad descentralizada posible: la que se realiza por actores de la ciudad, en conexión con la ciudad y dentro del proceso compartido por es-

pectáculos y espectadores. A eso habrá que llegar, y a eso se llegará algún día si queremos hablar de un verdadero teatro español.

Hago este comentario en relación con una mala noticia que me llega desde Valencia. Se trata de la interrupción del trabajo que Quart 23 venía realizando en el antiguo Cinema Valencia. Aquí mismo me referí hace algunos meses a los recitales de Ovidi Montllor presentados por Quart 23 en dicha sala; también nuestros lectores han sabido del montaje de «Las salvajes en Puente San Gil», de Martín Recuerda, por el propio grupo teatral de Quart 23, que dirige Díaz Zamora. Ha sido una batalla iniciada el 6 de junio de 1972 e interrumpida cuando «Un sabor a miel», estrenada por los de Quart 23, llevaba veinticinco representaciones. Entre Martín Recuerda y Shelagh Delaney; recitales de Montllor, Raimon, María del Mar Bonet y Enrique Morente, más un programa infantil con obras de Lauro Olmo y Pilar Enciso, y la presentación del grupo Támano, con «El retabillito de don Cristóbal». Lo que en el conjunto de un año y dentro de la vida teatral valenciana debe ser considerado como un trabajo sobresaliente.

Parece ser que la «ruptura» entre la empresa del Valencia Cinema y Quart 23 se ha debido a que aquélla ha querido programar por su cuenta y ha cortado la temporada de «Un sabor a miel». Naturalmente, no entramos ni salimos en los derechos que tuviera para hacerlo dentro de sus compromisos con los de Quart 23. Lo que sí parece claro es que con esta «ruptura», Valencia puede perder la personalidad de un local que ya empezaba a contar decisivamente en la vida teatral de la ciudad.

Cierto que «aún queda» el Principal, cuyo destino, al menos de

momento, no corre el peligro de otros ex teatros que murieron de aburrimiento. Pero no deja de ser sintomático que siendo el Principal un teatro de la Diputación, sea en locales como el Valencia Cinema —donde, en busca de rentabilidad, se «probó todo», incluso el boxeo y la lucha libre, antes de confiárselo a los de Quart 23—, muy mal dotados técnicamente, donde se intente realizar un tipo de trabajo joven y coherente.

Sé que no todo es Quart 23 en la lucha de ciertos sectores valencianos por dotar a la ciudad de decoro teatral. Pero considerando las escasas armas de que disponen, no hay duda que el «cierre» del Valencia Cinema es una catástrofe, a menos, cosa difícil, que se consiga trasladar pronto a otro local la imagen que allí había comenzado a crearse.

¿Cuándo acabará esta ya ridícula agonía del teatro «de» nuestras capitales de provincia? ¿Cuándo las autoridades provinciales se darán cuenta que su gestión no consiste únicamente en hacer estacionamientos de autobuses, ampliar las instalaciones hoteleras y cosas por el estilo? ¿No es, por ejemplo, tragicómica toda la pretensión cultural, a escala ciudadana, de Valencia, si ni siquiera madriguera y refugios teatrales como el Valencia Cinema son posibles?

Y nadie diga que esa es materia que debe resolver la «iniciativa privada». No lo dicen ya ni en Inglaterra, donde, además de la fuerte tradición liberal de que gozan, el teatro no se ve sometido a ningún tipo de censura. Aquí, en cambio, todo se nos muere en las medias tintas, sin poder llevar nuestra iniciativa hasta las últimas consecuencias, ni recibir tampoco del Estado el trato que por su función social el teatro merece.

La «muerte» del Valencia Cinema como sala de Quart 23 es sólo